

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS

La reprografía de este material no implica la transmisión o el disfrute del derecho autoral de la obra



PRESENTACIÓN DE CASAS-BIBLIOTECA DE MEXICANOS (BIBLIOTECAS
PRIVADAS). PRESENTACIÓN DE JOSÉ G. MORENO DE ALBA
Y PRÓLOGO DE MARIO MELGAR*

LUIS MARIO SCHNEIDER

Un libro propiciatorio

Afortunadamente los vicios concretan los sortilegios de la humanidad, definen, atan y circunscriben la realidad del hombre. Pero como toda conducta, conlleva vicios perdularios y vicios exaltantes. Hoy nos convoca una patología saludable, una sana enfermedad: la del coleccionista de libros. Una purificante manía que invade territorios interiores del alma y avasalla espacios físicos, se apodera de las leyes del hogar clásico, de la tradicional distribución de una casa. Mas aún, anula, ausenta las separaciones, las divisiones fijadas por la arquitectura, creando, recreando proyectos. Ejemplifico con esa imagen del erudito Alfonso Reyes, recluso franciscanamente entre muros de páginas con sólo lo necesario: una cama matrimonial, baño, cocineta y un armario indispensable para fomentar su coquetería, acompañado siempre de una fiel mujer, que burla burlando su confiaba: "Alfonso se casó conmigo porque me utilizaba de escalera".

Poseer una biblioteca particular es un largo y complejo sendero, definidor de trayectorias nebulosas, complejas, felices. Una alimentación que ignora el principio y que insaciable desemboca en un conjunto sólido que deambula en una actitud espiritual, que va de la satisfacción a la incertidumbre. El gozo de la posesión, la escenografía de lo reunido, pero al mismo tiempo la edad, la acumulación implican inquietud, indeterminaciones, porque no angustia del final pasadero de esa fraternidad, de esa familia que nos rebasará, nos sobrevivirá. Sí, porque el vínculo que se traba desde lo sensorial, desde lo táctil a lo oloroso, desde la mirada al paladeo de la letra, a las conceptualidades que establece y fija al libro con su dueño, aclimata una amistad, un encadenamiento religioso, teológico, medible solamente en esa patente órbita de lo indescriptible. Mística de una exacta conjuración, de un universo que asimismo aparece como todo acto de devoción, sensualidades y magia.

* Auditorio del IIB, 12 de noviembre de 1992.

Es indudable que el coleccionista del libro, el que tiene una casa-biblioteca empicza no por una razonada aproximación al libro, sino por el elemental gusto de la lectura que se manifiesta en los tempranos años. Casi siempre a partir de las historietas, y que poco a poco van germinando en otros textos que las épocas, que las formaciones, que las vocaciones exigen. Pero esto no es todo, diría, inconscientemente madura la fatalidad: conservar, adquirir, acrecentar pertenencias. Tanto que un día nos sobresalta ese ánimo paradójico que invita a compartir lecturas pero que a la vez implica el miedo, el padecimiento por la posible pérdida. Así somos voluntariosos y tacaños, serviciales y temerosos.

Una biblioteca particular significa esfuerzos. Venturosos aquellos que la heredaron y la siguen acrecentando. Bienvenidos a la corporación quienes se lanzaron a la propiciadora hazaña partiendo desde el atesoramiento de sus libros de texto, de los cuentos infantiles, de las enciclopedias juveniles.

Toda biblioteca denuncia una psicología, un carácter, una economía, relaciones, pero siempre una aristocracia. Las hay uniformadas, aquellas del regusto por la encuadernación de canto dorado, o las modestas que se adecuan al original multicolor. Las de bibliófilos, de rarezas o esas que reflejan el tiempo existencial de su dueño. Las diletantes, las del lector de amplio horizonte cultural o las especializadas, resultado de una existencia inclinada a una única obsesión vocativa. Bibliotecas de tesoros, de ediciones príncipe, de documentos únicos, trascendentales. Las hay humanísticas, científicas, plurales, las que combinan libros y hemerotecas, etcétera. Todo sin contar que la colocación, que el orden o el conocido desorden, que el mobiliario, ya de fina madera o de la simple estantería de rústico pino, señalan personalidades que van del acentuado barroquismo que incorpora pinturas, esculturas, pisapapeles, bibelots, fotografías, relojes, cucharillas, lámparas, lápices —un sinfín de manías paralelas— hasta esas otras retratadas en sólo la vestimenta del libro.

Antes hablé de relaciones. ¿Quién que tiene una biblioteca no recibió o recibe el envío de obras por parte de amigos, de instituciones, de editoriales? Mas ¿quién de nosotros no cae en el reclamo o en lo pedigüeño? Sí, una biblioteca es el más íntimo espejo, la luna más diáfana de su creador.

En *Casas-biblioteca de mexicanos* se recogen, se pasa revista tan sólo a treinta de estas instituciones. Supuesta mínima parte de una amplitud no explorada, inclusive que arrastraría el anonimato. Treinta confesiones que muestran deleitosas una esplendente obra que no cercena avatares, que no desdeña legitimar vanidades, que no olvida arrogancias, ni siquiera destruye competencias.

Esta publicación coeditada por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y el gobierno del estado de Guerrero, auna a su excelente diseño y reveladores textos,

la riqueza de imágenes de estos templos depositarios de diversificadas sabidurías. Dije templos, porque son recintos de culto, de recogimiento.

No cabe duda que la conjunción de buenas voluntades, de generosidad, propicia siempre resultados engrandecedores, fecundos. En este caso, munificencia del licenciado José Francisco Ruiz Massieu, un gobernante ante todo universitario que ha demostrado a través de diversos desprendimientos, su afecto, y por qué no, el del pueblo guerrerense hacia nuestra Máxima Casa de Estudios, ello unido a la inteligencia y la sensibilidad del doctor José G. Moreno de Alba, director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, quien coordinó este trabajo, cristalizaron en tan novedosa publicación.

Sobresaliente la labor del maestro e investigador del Instituto Francisco Márquez Páez, intérprete de los coleccionistas, así como la del ojo fotográfico de Pedro Cuevas. El prólogo corrió a cuenta del licenciado Mario Melgar, el que con amenidad y conocimiento define:

El término casas-biblioteca responde a un fenómeno poco estudiado. Las casas con libros se van volviendo bibliotecas, al mismo tiempo que los libros van invadiendo los hogares de sus dueños, conformando así lo que no es únicamente casa, ni tampoco exclusivamente biblioteca. Las casas-bibliotecas sirven para vivir, pero también aprender, trabajar, convivir, en fin, para disfrutar la vida. Son algo más que el estudio o el cuarto con libros. Son diferentes al despacho y a la sala con libros. Las casas-bibliotecas que aquí se presentan son la atmósfera imprescindible de sus dueños, mexicanos de excepción.

De igual manera el licenciado Melgar da el grito de alerta a la dramática posible extinción de las bibliotecas privadas por causa de esta vertiginosa modernidad que conlleva automatizaciones y hacinamientos, estrecheces. Entonces, resulta alentador su anuncio de que este libro es *apenas un primer volumen al que seguirán otros*.

Loable publicación ésta que hoy nos enlaza, quizás que hoy inicia amistades. También momento propicio para reflexionar, para ubicarnos. ¿Finitizará en este acto el orgullo de los editores, de nosotros? Creo que no debe ser así. ¿Ha considerado la Universidad Nacional Autónoma de México, por medio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas que tiene en custodia el legado de la Biblioteca y Hemeroteca Nacionales, prestar la colaboración, el apoyo, ya de bibliotecarios o de estudiantes que cumplen su servicio social a las bibliotecas privadas? ¿No sería maravilloso hoy que se cuenta con una amplia tecnología tener la clasificación, el registro, un banco de datos, un catálogo de los acervos particulares, poner todo este cúmulo al conocimiento de estudiosos, de investigadores? Asimismo, y más allá de la necesaria información, este recuento sería índice, daría el resplandor de otro testimonio de la cultura mexicana al margen de indicadores oficiales.

Nadie puede negar que el Distrito Federal, quizás muy pronto el estado 32 de la nación es el absoluto pulpo, entre otras muchas cosas, de las bibliotecas públicas y privadas. Raras y ralas las del interior del país, ¿qué piensan mis compañeros de aventura, muchos en la duda del futuro destino de su portentosa y saludable bibliomanía, de la donación de ese patrimonio para enriquecer instituciones en todos los ámbitos de la República? Quizás, y por qué no, construir un día, en algún idílico paisaje, la Ciudad de las Bibliotecas Particulares.

Creo cada vez más firmemente que el hombre se salva por los sueños, por la imaginación. ¿Estaríamos dispuestos a desafiar a esta pródiga utopía?

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión o el disfrute del derecho autoral de la obra

000

000

000

000

000

000

000

000

000